

¡QUÉDATE EN CASA LEYENDO!

AGRUPACIÓN CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)
ATENEO DE MADRID

Quince de Mayo de 2020



El lirio azul

Cuento infantil escrito por:
Rafael Comenge

EL LIRIO AZUL (1)

Erase que se era un Rey moro; pero un rey moro de verdad, clásico con turbante blanco y gran burmís, barba negra sembrada por la edad de hilos de plata, nariz aguileña, abdomen insolente y piernas flacas. Se pasaba los días desgranando un rosario, tomando buñuelos rociados con rosolí y afirmando que Alah es grande, cosa que todos los musulmanes creen a pies juntillos.

Aunque las crónicas aseguran que era Rey, nadie ha podido averiguar dónde reinaba; pero por ciertos detalles que se dirán cuando llegue la sazón, puede colegirse que su reino era un pedazo del territorio valenciano.

Historiadores de la época recuerdan que Sidi Leafar Ben Egnemoc descendía directamente del Profeta, y era santo o poco menos.

Protector decidido de las ciencias y las artes, había creado una Universidad, en donde los sabios enseñaban las revelaciones divinas a los jóvenes estudiosos, y había encargado a los alarifes que construyeran palacios, mezquitas y fuentes, con tan prodigiosa habilidad, que las paredes eran de encaje, las cúpulas de nubes, las fuentes de mármol en movimiento o agua parada, que era tal la ilusión de la vista el admirarlas que no se sabía si era el mármol el que manaba o era el agua el que se estaba quieta.

Los poetas dijeron que Sidi Leafar Ben Egnemoc era el magnífico por excelencia, que Alah se había recreado al darle el ser y que su nombre sería inmortal. Los artífices que fabricaron sus palacios hallaron medio de colocar estas alabanzas entre las tracerías y arabescos de las paredes, entreverando los elogios poéticos dirigidos al Rey con versos del Korán y místicas oraciones.

Con esto y con saber que el rey moro tenía un harém bien provisto de bellezas, tres hijos de la sultana, Solimán, Yusuf y Mohamed, caballos ligeros como el huracán y vasallos fieles, queda dicho que era feliz.

Un día, el Rey Leafar tuvo un sueño que a él le pareció inspiración divina. Soñó que en un confín de la tierra, una hurí del Profeta, bajada del cielo, había depositado el germen de una flor encargada de guardar en su cáliz el secreto de la felicidad.

El mismo vió a la hurí descender de las nubes, después de despedirse del Profeta con un beso, posarse en el suelo como un pájaro, y esconder en la tierra el beso de Mahoma, la simiente sagrada.

¿Fué locura del descabellado imaginar que en los sueños finge realidades las mentiras? Lo ignoraba; consultó a los astrólogos y santones, y todos declararon que Mahoma no podía engañar a un descendiente suyo.

Averiguó más; leídos y releídos los libros sagrados, se halló una profecía según la cual, un hijo de reyes encontraría la flor de la felicidad. A Sidi Leafar le parecieron tan asombrosas estas revelaciones, y llegó a preocuparse con este motivo tanto, que el seno de sus concubinas, el lomo de sus caballos y el pomo de su gumía, lloraron los olvidos incomprensibles del Rey. El amor y la guerra cedieron el paso a la meditación.

Pasado un año, Alah se apiadó, e iluminando su espíritu con un soplo, le hizo conocer que la flor que había brotado del germen paradisiaco era un lirio azul, totalmente azul, sin estrías blancas ni venas moradas o de color de rosa; azul como una turquesa, como el cielo, como el mar en calma. Un solo tono, puro, igual, hermoso, distinto, único.

Llegó la piedad divina hasta a revelarles que el lirio ya abierto al oreo de la brisa estaba junto al río de las Arenas aguardando al Príncipe que, al cogerle, tendría en su mano la dicha del mundo.

Los cristianos avanzaban hacia el reino de Sidi Leafar; el poniente había agostado las mieses, amenazaba más el hambre que la guerra; un cometa anunció la peste y la ira de Dios; urgía, pues, el lirio azul, y el Rey, después de orar largo tiempo vuelta la faz a la Meca, llamó a los Príncipes y dijo a cada uno de ellos separadamente: -Hijo mío: sólo Alah es grande, él humilla al soberbio y levanta al siervo. Junto al río de las Arenas crece una flor nacida de un beso del profeta; su cáliz contiene la dicha: el que posea el lirio azul será feliz. Esa flor no podrá arrancarla más que un hombre venido de reyes. Te engendré, Príncipe; la felicidad falta en mi reino, vete a buscarla hijo mío, al río de las Arenas. Recibe antes mi bendición y que Alah te guarde.

Solimán, Yusuf y Mohamed partieron. Un ruego de su padre hubiera sido una orden para ellos, un mandato era como un precepto del Korán; algo que se cumplía con veneración y respeto.

A 12 de chaaban partieron del reino de su padre en busca del río de las Arenas.

¿Era éste el Tajo? ¿El Darro? ¿El Júcar? ¿Quién lo sabía? Había que esperar a que el acaso les guiase, y el acaso es una senda en el agua que el aire borra a cada momento.

¡Qué hermoso era el reino de su padre antes de provocar la ira celeste! Crecía el trigo en la llanura semejando un mar con olas de esmeraldas; a trechos erguían sus cabezas desmelenadas las palmeras, cuyo tronco, parecido a labrada columna, se coronaba de racimos de dorados frutos; las naranjas aparecían entre el verde oscuro del follaje como las chispas errantes en las pavesas; los plateados olivos trepaban por las laderas, persiguiendo los pinos que huían medrosos a la cima del monte. En los huertos y en las alquerías, ofrecían los árboles traídos de Persia frutos apetitosos que eran bálsamo concentrado y aroma recogido en finísimos estuches. Abajo, en la tierra, todo verdor y frondosidad; arriba, en lo alto, un cielo limpio y sereno.

Iban juntos caminando, cuando al llegar a un riachuelo, Solimán que quería para él solo la flor de la felicidad, propuso que cada cual recorriese su camino y pidiese en trance apurado auxilio a su espada.

Se separaron; Solimán siguió la dirección de la estrella polar. Yusuf dirigió su caballo hacia el Oriente. Mohamed, viendo que era la hora del crepúsculo echó pie a tierra y rezó.

Mohamed era el más pequeño; acababa de cumplir diez y ocho años y aún la barba naciente se consideraba ineficaz para ocultar los rasgos hermosamente juveniles de su rostro.

Aún no había concluido su rezo cuando le acometió extraño e inacostumbrado sopor. Se cerraban sus ojos y a pesar de ello dibujábanse en su retina millones de imágenes. Una cadena de hermosísimas mujeres enlazadas descendía del cielo; todas sonreían, todas tenían ojos verdes, todas entonaban cánticos de amor. Variaban la postura que les tocara en suerte en aquella guirnalda de bellezas, cambiaba la expresión de su rostro, pero la línea era la misma, siempre idéntica mujer repetida hasta el infinito.

La primera de la serie interminable, que parecía dormirse, tenía por almohada el sol; la última jugueteaba en la tierra con un lirio azul.

La cadena principiaba en la delicadeza de un perfume y terminaba en la luz; el intermedio lo llenaba la música inagotable en aquellas bocas divinas, verdaderas cajas de rojo coral que encerraban irisadas perlas.

-Yo hoy no he tomado hatchís-se decía Mohamed-ni ningún perro infiel me ha emborrachado con el zumo fermentado de las vides; ¿por qué, sueño, burlas que me desesperan? Y si estoy despierto y esa flor deseada está al alcance de mi mano, ¿cómo no la cojo?

Y las mujeres de los ojos verdes aumentaban sus gestos provocativos, sus cánticos de amor; sus enlaces irresistibles; y la última de la cadena, la más bella de todas, cuyo cuerpo parecía cincelado por un arcángel, cogía entre los dientes menudos, blancos y redondos, la flor de la felicidad, el lirio azul, y la acercaba sonriendo-como saben sonreír las mujeres que quieren-al rostro de Mohamed.

Este hizo un esfuerzo supremo, alargó el brazo, cogió la flor, las huríes desaparecieron y despertó.

Junto a él crecía el lirio azul; su propia mano había cogido el tallo de la misteriosa flor.

De pronto se oye el galopar de dos caballos. Solimán y Yusuf llegan montando sus briosos corceles.

-¿Qué pasa?-preguntan-. Hemos oído cánticos incomprensibles, rumor de besos, vuelos de serafines. ¿Qué sucede? ¿Qué tienes en la mano?

-La flor de la dicha, el beso germinado del Profeta-contesta Mohamed.

-¡Cómo!-dice Yusuf-¿Tú las has encontrado?

- Si.

-Solimán, ¡estamos deshonrados! Matémosle y llevemos la flor a nuestro padre. Príncipes somos como él; en nuestras manos no perderá la virtud.

-Sea; démosle muerte porque nos roba la gloria del hallazgo. ¿Quién ha de saber que le matamos?

-¡Perdón!

-No le hay. Muere.

Y ambos, desnudando sus alfanjes contra él, diéronle muerte. Después le enterraron en la margen del río entre la arena, con el fin de ocultar el crimen.

El presente de Mahoma llegó al reino de Sidi Leafar Ben Egnemoc, guardóse dentro de una copa de oro en el Mirab, festejóse a los Príncipes portadores del talismán, hubo zambras y fiestas, se jugaron cañas, se corrieron toros, y hasta se olvidó la ausencia peligrosa del asesinado Mohamed.

Pero las alegrías y regocijos fueron en balde, porque el regalo de Alah más produjo desdichas que fortunas.

Los cristianos tomaron varias fortalezas, degollando las guarniciones, y atacaban sobre Alber-Rich, que desprovista de firmes murallas, como villa hecha para los regalos de la paz, no tardaría en rendirse. Bien pronto peligraría el reino; el hambre y la peste diezaban las poblaciones; la guerra concluía con los soldados. El cometa vencía; el lirio azul era tan maléfico como la estrella mensajera de la cólera de Dios.

Un día se presentó en la plaza pública de Alber-Rich un pastorcillo tañendo una flauta de caña. De ella no salían sonidos informes sino voces articuladas. En su hueco cuerpo no silbaba el aire armonías, sino que cantaba una voz humana. Todos escucharon llenos de pavor.

La flauta mágica decía: “Toca, toca buen pastor, toca y no me nombres que me han muerto en el río de las Arenas por la flor del lirio azul.”

Otra vez la flor sembrada por una hurí del Profeta interviniendo en las cosas del reino, decidiendo de la vida y la muerte. ¿A qué venía aquel prodigio?

Un cadí prendió al pastorcillo, y lo llevó a la presencia de Sidi Leafar. Delante del Rey se repitió el milagro.

Pero a Sidi Leafar no le gustaba lo sobrenatural, y sospechando una burla del pastor, le arrebató la flauta y se la entregó a Solimán para que la tañese. Este la recibió temblando, y no bien la acercó a sus labios cuando la voz misteriosa dijo:

“Toca, toca, mal Príncipe; tú que tocas no me nombrarás, porque me mataste en el río de las Arenas por la flor del lirio azul. “

-¿Qué es esto, Dios mío?-preguntó muerto de miedo Solimán.

-Tañe tú ahora la flauta, Yusuf-dijo el rey.

No, padre mío-contestó aterrado-, no; ¡estamos perdidos! Esta flauta nos acusa de nuestro crimen. Solimán y yo dimos muerte a nuestro hermano Mahomed junto al río de las Arenas para robarle la flor encantada. Perdón, ¡mátame, padre mío! Pero no te empeñes en que mi propio aliento me delate.

-¡Miserables!-gritó fuera de sí el Rey-. Vosotros tenéis la culpa de las desdichas de todos y de la pérdida del reino. Yo haré con vosotros ejemplar escarmiento. Olvidaré que soy padre para no pensar sino en ser Rey. Guiadme al sitio donde asesinásteis a mi pobre Mohamed.

Y es fama que llegado al río de las Arenas encontró un pequeño cañaveral que había crecido sobre la sepultura de Mohamed, y allí mismo hizo degollar a sus hijos, descuartizar sus cuerpos y colgar la carne de las cañas para pasto de las aves de rapiña. No se sabe si la sangre de los Príncipes caería sobre la flor de la dicha; pero es lo cierto que desde entonces los botánicos buscan inútilmente un lirio completamente azul, sin medias tintas ni estrías rosadas.

Y porque la flor no se encuentra, se busca inútilmente en el mundo la felicidad.

RAFAEL COMENGE

(1) Este cuento ha sido extraído del libro LOS MÁS BELLOS CUENTOS INFANTILES, Volumen segundo. COLECCIONES "INFANCIA", Madrid.

Portada de FEDERICO RIBAS.



ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO DE MADRID

Calle del Prado, 21 - 28014

www.ateneodemadrid.com

AGRUPACIÓN ESPECIAL CARMEN DE BURGOS

Link: www.ateneodemadrid.com/El-Ateneo/Organizacion-Interna/Agrupaciones/Agrupacion-Especial-Carmen-de-Burgos-Colombine

Contacto: info@colombine.es

1820
ATENEO DE MADRID
2020